

Ee

Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

Año 2024 - Tunja, Colombia

**La Historia de América Latina entre lo
especulativo y lo interpretativo: nuevas/viejas
perspectivas**

<https://doi.org/10.19053/uptc.20275137.nespecial.2024.17612>


**Justo Cuño Bonito
Páginas 327-334**



La Historia de América Latina entre lo especulativo y lo interpretativo: nuevas/ viejas perspectivas*

Justo Cuño Bonito¹

Universidad Pablo de Olavide, España


 <https://doi.org/10.19053/uptc.20275137.nespecial.2024.17612>



La Historia es una disciplina imprescindible, necesaria, insoslayable. Pese a ser, indudablemente, una disciplina científica, es a menudo relegada, menospreciada y sustituida, y este proceso de proscripción ha provocado, como bien decía Josep Fontana, «la búsqueda inmotivada de auxilio a otras ciencias sociales menos controvertidas que la Historia y con un creciente mayor prestigio académico».

Hemos puesto la Historia en manos de sociólogos (Chandhuri, Jakobson, Foucault, Bordieu, entre otros), transformando

* Este texto recoge la discusión planteada en la Conferencia central: La Historia de América Latina entre lo especulativo y lo interpretativo: nuevas/ viejas perspectivas, que se llevó a cabo el 21 de septiembre, en el marco del Evento conmemorativo de los 50 años de la Maestría en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. <https://www.youtube.com/watch?v=Wvot2XDySLA&t=7596s>.

1 Doctor en Historia de América Latina por la Universidad Pablo de Olavide, licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Alcalá de Henares, actualmente es profesor de Historia de América en la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla, director del departamento de Geografía, Historia y Filosofía del Instituto de Investigaciones del Colegio de América, centro de Estudios Avanzados para América Latina de la Universidad Pablo de Olavide. Es académico de la Academia de Historia de Colombia, pertenece al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Ha publicado varios libros y revistas nacionales e internacionales relacionados con el proceso de independencia americana, y sobre el análisis y la evolución de la Universidad Latinoamericana en Historia Contemporánea. ✉ jcbon@upo.es  <https://orcid.org/0000-0003-3035-3336>.

los estudios históricos en una especie de ensimismamiento estratosférico, de absurda abstracción epicúrea con crípticos análisis indescifrables, incognoscibles e indemostrables hasta para nosotros mismos. Hemos cambiado el análisis y la interpretación de fuentes primarias por la teorización más inescrutable. Nuestros estudios no trascienden a la sociedad que los hace posible. Pero todo vale para integrarnos en la posmodernidad y no quedarnos fuera, desguarnecidos, desprotegidos ante el clamor general que nos grita que los sociólogos deben prevalecer en Historia sobre los propios Historiadores. Y, de este modo, hay que ocultar la Historia y sus métodos porque, decía Fontana, ya no hay Historia-Problema, sino Historia-Narrativa; ya no hay Historia Económica, sino cliometría; ya no hay geografía humana, sino ecohistoria, y no se estudian las sociedades humanas en toda su complejidad, sino sus circunstancias, sentimientos, cuerpos o los espacios que habitan a través de la heterotopología foucaultiana. Ya no vamos a las fuentes primarias, a los archivos, a los grandes repositorios, que es lo que debería nutrir nuestras investigaciones y nos conformamos con las grandes teorías y siempre con lo de afuera, que es más prestigioso que lo de adentro, porque ¿para qué hablar de la glocalización de Fals Borda si podemos hablar de la etnogénesis de Cañizares-Esguerra o de la Historia Cisatlántica de David Armitage? Hemos querido olvidar que los procesos que nos explican se dan en la región y solo en ella adquieren su sentido: Germán Colmenares, Juan Carlos Garavaglia, Sempat Assadourian, Enrique Tandeter, Juan Carlos Chiaramonte, Heraclio Bonilla o Marcello Carmagnani focalizaron su objeto de estudio, no en los grandes conceptos, no en las grandes teorías, sino en los pequeños problemas que poseían una universalidad tanto o más grande que la más compleja de las discusiones en torno al capitalismo o al feudalismo, porque solo de lo concreto se podían elevar a lo abstracto: en sus investigaciones definieron fisonomías regionales en las que se desarrollaba un tipo de producción que activaba toda una serie de espacios de circulación, relaciones sociales de producción, estructuras y superestructuras de dominación. Para Garavaglia, el Paraguay y el gran espacio de la yerba mate; para Sempat, Córdoba, las mulas y el alto Perú; para Carmagnani, las tres regiones centrales chilenas y la conformación de una entidad suprarregional a partir de la complementariedad de sus recursos; para Bonilla, Mariquita y

el proceso de dinamización del espacio económico derivado de la circulación y producción de sal. Y siempre, como cualquier Historia regional, bajo un prisma cambiante, dinámico, donde la tradicional y reduccionista visión de los fenómenos puramente económicos y políticos se vio complementada con la Historia social y cultural que rompió con la hegemonía de lo nacional transitando para su explicación, desde lo local a lo regional.

Y frente a eso, a menudo nos hemos conformado con teorías, que, como las de Guerra, construyeron una visión de una Historia latinoamericana profundamente dependiente, incapaz ni de originalidad ni de un desarrollo propio: «Tanto el imaginario como las bases teóricas del pensamiento político americano a fines del Antiguo Régimen no son sino una modalidad de ese conjunto más vasto que es el de la Monarquía Hispánica».

Quizá el principio apriorístico que deba prevalecer en todo acto de análisis sea el de independencia de pensamiento.

En los años ochenta, el economista e historiador Antonio García Nossa adoptó como perspectiva para abordar los problemas históricos de la sociedad latinoamericana de la época una idea tan lógica como novedosa: «América sólo puede abocar su conocimiento científico de los fenómenos de su historia o de su naturaleza cuando posea efectivamente una doble independencia: la de la economía y la del pensamiento».

Habitamos, como Truman Burbank, protagonista en «The Truman Show», en un mundo donde la percepción de libertad es sinónimo de obtener la libertad en sí misma y creemos que los conceptos y no las estructuras son las que definen y explican los procesos históricos. Pero, aunque especulemos con la ilusión, la estructura marca siempre nuestras decisiones. Y ahí la Historia siempre estará presente, porque los seres humanos somos seres históricos que necesitamos explicar nuestra existencia históricamente y que explicamos nuestra realidad a partir de la comprensión de nuestro pasado. Cuando Lucien Febvre y Marc Bloch se propusieron abordar una nueva Historia Económica y Social, afirmaron que «[...] No hay Historia Económica y Social.

Hay Historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social».

Porque la Historia es, axiomáticamente, una disciplina holística y porque es el estudio de la totalidad. Esta totalidad solo se explica por el estudio de las partes en las que se inserta cada una de las superestructuras que surgen coordinadamente con las estructuras en donde se ubican. Si solo analizamos los aspectos fenomenológicos de la realidad; si solo consideramos visiones perspectivistas; si solo examinamos los sentimientos, las tradiciones, despreciando la estructura socioeconómica de la cual se derivan, estamos condenados a estudiar la cosa solo por lo que observemos que la cosa es, o como afirmó Pierre Vilar, «La causa de la explosión está en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador».

Somos prestidigitadores que construyen realidades a partir de esencias, actos y procesos, nunca visibles, nunca evidentes, pero siempre imprescindibles. Solo comprendiendo la Historia entendemos cómo las élites, tras asegurar su predominio sobre los medios de producción, pudieron obtener la primacía sobre el mundo simbólico: controlar, decía Gramsci, la reproducción de una ideología que explicase y legitimase las relaciones de poder existentes, al tiempo que propusiera nuevas fórmulas que refrendasen esta dominación.

Pero hemos construido una Historia que precisa ser reconstruida, reparada, restañada. Millones de hombres y mujeres que construyeron la patria fueron negados, desaparecidos, tanto simbólica como realmente. La tarea ahora es recuperarlos, retornarlos a la memoria y estudiar, comprender los procesos que hicieron que el olvido se convirtiese en una herramienta más de una historia con minúsculas.

Recuperar una Historia con mayúsculas: solo así la historia surgirá como un jirón de luz que aparece entre las tinieblas que conforman la memoria común. En cierto modo, los historiadores somos más testigos de esas tinieblas que de las luces, porque pese a la idea de progreso que alumbra nuestras sociedades, los seres humanos somos aún lobos para los hombres: somos

...*Los heraldos negros que nos manda la Muerte...* como decía César Vallejo, pero ahí continuamos, historiadores pacientes trabajadores de los repositorios del polvo y de las polillas, anticuarios, pero en contacto con la vida, apasionados con esa facultad dominante que Marc Bloch decía que era captar lo vivo, comprender el presente a través del pasado. Para quienes pensamos que, indudablemente, la Historia es una disciplina científica, el método científico es nuestra guía en la investigación histórica, y la Historia, una, sin más: social, integradora, necesaria, concreta, un asunto de todos los tiempos y un arma cargada de futuro. Una disciplina científica en la que no sobra nadie, porque entre los distintos actores históricos, entre los distintos grupos sociales, no existe sino complementariedad: los héroes, los próceres, solo adquieren existencia a partir de sus némesis, esos seres imperfectos pero imprescindibles que son las gentes del común, que a menudo han sido arbitraria o ideológicamente apartadas de la construcción histórica. «¿Quién no se reiría –afirmaba el propio Bloch–, si un químico apartara a un lado un gas malo, como el cloro, y a otro, un gas bueno, como el oxígeno?» Como decía, los historiadores hemos subdividido la historia y –yendo más allá de las generalizaciones, objeto precioso que es el resultado de nuestras interpretaciones– hemos roto las conexiones que inextricablemente unen a los diferentes individuos y grupos humanos, y que permiten que los hechos históricos adquieran sentido dentro de un todo interrelacional. No hay una historia de la élite ni una historia de los sectores populares, ni siquiera una historia de las mujeres: hay una Historia, con mayúsculas, donde las élites, las mujeres y los sectores populares están e interactúan, y donde los hechos de cada uno condicionan, explican y justifican los hechos de los demás.

En su novela *Tesis de filosofía de la historia*, Walter Benjamin afirmó que la historia era una Historia de violencia casi en términos bíblicos: el huracán sopla desde el paraíso y en dirección del futuro bueno, concebido progresistamente como el lugar donde nos espera lo mejor que reemplazará los males que nos afligen; sin embargo, en la actualidad, somos víctimas de una historia buenista, políticamente correcta que ha sustituido a la Historia basada en la lucha de clases. No

debe existir la violencia, que ha sido proscrita por ser enemiga de una democracia que es informal e imperfecta; ya no existe la resistencia, la facultad y voluntad de oponerse activamente a nuestros enemigos, sino que existe la resiliencia, la condición de retroceder para adaptarse a la dominación de las élites que nos manejan; incluso en la lucha racial, los conceptos han atenuado la confrontación: los negros convertidos en afroamericanos, para discriminarlos y convertirlos en otros ajenos a la tierra a la que pertenecen; o las mujeres, que aparecen como empoderadas por otros que son los que determinan qué es y en qué consiste ese empoderamiento y no como seres poderosos *per se*, sin ningún aditamento que les dé lo que forma su esencia constitutiva.

Conocer nuestras limitaciones significa conocer nuestra capacidad de transformar el mundo y de construir, comprender e interpretar la Historia. En palabras de Schopenhauer, «El hombre puede hacer lo que quiera, pero no puede querer lo que quiera». Por ello, nuestra existencia se desarrolla en un mundo acotado: social, histórica e individualmente, decía el filósofo Xavier Zubiri, donde interpretamos una realidad histórica a partir de la subjetividad que emana de nuestro entorno estructural. La subjetividad es insoslayable y forma parte de la realidad que construimos, aunque se la ha utilizado para desprestigiar la Historia y su carácter científico.

El origen del pensamiento posibilista derivado de la posmodernidad –de ese relativismo individualista que, olvidando los grandes sistemas teóricos, se recluye y focaliza en el yo y en sus circunstancias– está en la decepción con la que numerosos intelectuales observan las sociedades que sobreviven a la gran tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

Frente a los metarrelatos a los que aludía Jean-François Lyotard, surgió el escepticismo como la norma invariable de la posmodernidad. El escepticismo ante los grandes sistemas o historias explicativas; el escepticismo porque en los textos históricos o literarios no aparece lo que, según decían, «sucedió en realidad, sino los prejuicios, cultura y era particulares del historiador»; el escepticismo ante el monismo metodológico; el escepticismo ante el marxismo por ser, según Manuel Cruz,

«excesivamente verdadero, sin posibilidad de falsación, y por tanto, no ciencia». El escepticismo como constante para empequeñecer el prisma de la investigación como método, sin saber que, paradójica e irónicamente, desvirtuar la estructura solo oculta los principios básicos, subyacentes que explican, en definitiva, las causas últimas fundamentales de los microrrelatos históricos. Otra vez el «Show de Truman».

Porque la posmodernidad ha reducido el estudio de la totalidad a Truman Burbank, a la ilusión de la libertad, a investigar su día a día y sus circunstancias propias, concretas y contingentes: la hermenéutica para conocer el contenido del discurso en sí mismo, sin saber que, al igual que Truman, lo que hacemos, cómo vivimos y cómo investigamos están determinados por las condiciones estructurales y superestructurales de nuestra existencia.

Debemos recuperar el afán de perfectibilidad, del progreso que sostenían desde el siglo XVIII grandes pensadores ilustrados como Giambattista Vico que afirmaba que «cada ciclo histórico es superior al anterior y prevalece el progreso, aunque no de manera lineal ni simplista», o de John Bagnell Bury, para quien «los seres humanos progresan lentamente en una dirección definida como consecuencia de la naturaleza social del hombre y no por la Providencia». Y todo frente al fin de la Historia que era el fin del progreso para Fukuyama, porque el ser humano había alcanzado con el neoliberalismo el mayor progreso que podría haber imaginado. Sin embargo, el conflicto trabajo-capital es actual, visible, vigente. ¿Cómo concebir que el socialismo, anarquismo o comunismo han desaparecido, forman parte del pasado, mientras que el capitalismo que los generó, del que nacieron, del que proceden, sigue siendo vital y vigente, y cada vez más contumaz, más expansivo, más depredador? La historia narra una eterna lucha de estamentos, de clases o de intereses, de privilegiados y de excluidas, de elegidas y de ignorados, de poderosos y de aherrojadas. Pero para la posmodernidad, la Historia queda convertida en poco más que un género literario: Paul Ricoeur, en *Historia y verdad*, afirmaba que «la Historia se produce a través de una narración (no de una explicación) y que esa narración es autoexplicativa porque la narración produce

sentido por medio de una trama». Tenemos así una Historia que para la posmodernidad es narrativista, que es un género literario y que construye los hechos artificiosamente y, en el mejor de los casos, solo es capaz de conjeturar tendencias. Pero todas estas disquisiciones sobre el subjetivismo del análisis histórico que tanto han redundado en el menosprecio a la Historia, también las abordó una ciencia tan poco controvertida como la física teórica, que sostiene en su teoría sobre «El Realismo dependiente del modelo» un paradigma fundamental para construir ciencia afirmando que «la realidad que percibimos se construye a partir del observador». ¿Es posible que la subjetividad en la construcción de la ciencia histórica sea motivo de menosprecio y crítica, y en física teórica constituya todo un paradigma teórico básico para la elaboración de cualquier teoría?

«Todas las formas en que es posible el conocimiento son una invención del sujeto que conoce», afirmó Nietzsche consciente de la limitación del ser humano y, al tiempo, de su infinita capacidad de construir su propia visión histórica. Recordemos, por último, que la invención del sujeto que conoce siempre podrá realizarse desde un individualismo relativista y escéptico, o desde las fuentes y su interpretación a través de una Historia total, holística, amparada en un materialismo histórico que aún es capaz de proporcionarnos las explicaciones que necesitamos para contestar nuestras preguntas y construir nuestras hipótesis. Porque, pese a todas las disquisiciones, los metarrelatos, los constructos conceptuales y las estratosféricas teorías hermenéuticas construidas sin fuentes, sin archivos, sin referentes que no sean los etéreos, recuerden que la patria se construyó no como una teoría, sino, como ha demostrado la Historia, empleando la sangre y el esfuerzo común. No se forjó desde la elucubración. La patria no es una comunidad imaginada, sino un proyecto común peleado, combatido y forjado por todas y todos, tanto desde las armas como desde las ideas y desde sus contradicciones. Felicidades a la Maestría de la UPTC y muchas gracias por seguir construyendo Historia con mayúsculas.